



Pranas Chile: ¿Cómo Hacemos lo que Hacemos?

Reflexión Derivada de la Lectura del Artículo de Jeff Zimmerman¹

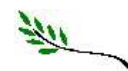
Ítalo Latorre-Gentoso

Introducción: La imagen, la resonancia y la katarsis

El texto de Jeff nos resuena e interpela como Pranas y a mí en particular. Decido escribir este texto como reverberación a algunas de las invitaciones y desafíos propuestos y lo haré en formato de *resonancia*. No construiré un diálogo o una discusión con Jeff, más bien tomaré aquí ciertos puntos que me/nos tocaron una fibra, capturaron nuestro interés y evocaron imágenes concordantes que generaron movimiento katártico. Estos puntos son: la crítica a la policía narrativa; la crítica a la construcción de una terapia narrativa ortodoxa; la importancia de alzar la voz denunciando lo que nos parece colonizante y abusivo (aunque esto es una interpretación mía del tono del texto) y; la importancia de volver a los orígenes críticos y desobedientes de nuestra práctica.

Con esto resonando, me tomo la libertad de estructurar un texto en tres partes. La primera, movida por las preguntas: ¿Qué sería eso que algunos llamamos terapia narrativa? ¿Cómo es que podría haber una policía de algo tan dúctil? Y, ¿hay algo que nos interesa cuidar de lo que hacemos? Estas preguntas surgen en mi mente pues para que haya una policía, debe haber un territorio de vigilancia que en este contexto sería una suerte de “cárcel narrativa”. Entonces me pregunto si en la práctica que hacemos puede existir ese territorio y quién lo definiría. Pero también, me pregunto en esta parte si lo que hacemos se distingue de otros haceres y si nos interesa cuidar colectivamente los cimientos de aquello. La segunda parte está asociada a mi historia personal con la narrativa, con la comunidad de ideas y prácticas, pero también con la comunidad de personas. Y finalmente, una reflexión y una rendición de cuentas en nombre de Pranas, considerando el hecho de que hemos estado al centro de muchos contextos en los que las prácticas de terapia narrativa para el trabajo a nivel individual, grupal y

¹ Narrative Orthodoxy and Hegemonic Power: An Evolutionary Perspective: https://www.journalcmt.com/uploads/9/4/4/5/94454805/2_narrative_orthodoxy_and_hegemonic_power_-_an_evolutionary_perspective.pdf . Traducción al castellano: [Ortodoxia Narrativa y Poder Hegemónico: Una Perspectiva Evolutiva](#).





comunitario se ha moldeado en gran medida por las decisiones que hemos tomado de cómo compartirla.

Primera parte: ¿Qué es la terapia narrativa?

En esta primera parte intentaré articular una reflexión en torno a una pregunta que tiene muchas maneras de ser respondida. Como este texto está escrito para un contexto en el que probablemente será leído por personas con alguna familiaridad con este ámbito de práctica, decidí configurar una respuesta que vaya un poco más allá de lo que habitualmente se ha escrito sobre esto, incluyéndome. Para cumplir con este propósito, me esforzaré por utilizar un lenguaje lo más claro posible. Me gustaría mucho tener las habilidades de David Epston y Michael White de expresar en simple cuestiones muy complejas, pero como no es el caso, espero me ayuden con su lectura a darle sentido a lo que intento aquí exponer.

Comenzaré con un paisaje más amplio, ¿de qué hablamos cuando hablamos de prácticas terapéuticas? Las prácticas terapéuticas en general serían, en su mayoría, la deriva de una serie de comprensiones acerca de la acción humana: *¿Cómo es que llegamos a hacer lo que hacemos, sentir lo que sentimos, emocionar lo que emocionamos? ¿Cómo es que se articula la acción, la expresión, el movimiento de nosotros² los seres humanos?* La respuesta a estas preguntas suele resultar en una serie de prácticas cuya forma estaría dada por la asunción de estas conclusiones como verdades. Esta pregunta se ha respondido de múltiples formas. Las más tradicionales y hegemónicas han tenido que ver con la invención de metafísicas, la producción de grandes relatos con estatus de verdad, como el *inconsciente* del psicoanálisis, o los *trastornos de la personalidad* de la psicología y la psiquiatría, los *signos del zodiaco* de la astrología, por nombrar sólo algunos; ficciones políticas que se auto asumen como verdades universales y que han operado como marcos de inteligibilidad de la *acción humana* o que más habitualmente se ha llamado la *conducta*.

Cuando intentamos responder a estas preguntas, por lo tanto, se genera un fenómeno relacional: producimos los saberes de aquello que pretendemos describir y, esta producción de saberes, ocurre con mayor o menor legitimidad

² He decidido usar la “e” como lenguaje incómodo al patriarcado. Lo usaré sólo en la palabra “nosotres” en todo el documento. Entiendo que el desafío al patriarcado no se reduce sólo a una letra y durante todo el texto hemos intentado desafiar la cultura dominante en muchas de sus formas.



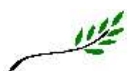


dependiendo de cuáles plataformas institucionales la soportan dentro de la cultura dominante (profesional experta o popular). Aunque cada vez hay mayor penetración de la cultura profesional en la cultura popular y es cada vez más común escuchar a las personas describiendo su experiencia subjetiva a través del DSM o el CIE o exigiéndole a su terapeuta a “dar con su diagnóstico”, sin siquiera saber de qué van estos libros de ficción.

Luego esta producción de descripciones se pone en práctica en las conversaciones terapéuticas y producen ciertas formas de acción basadas en estas comprensiones: los modelos terapéuticos.

En este contexto, la terapia narrativa podría ser comprendida como una *contra tecnología*, pues estaría ocupando las plataformas de poder que intenta subvertir, me refiero a la terapia, la psicoterapia, el trabajo social clínico, la psiquiatría, entre otras instituciones de lo que se conoce como “salud mental”. Digo subvertir porque la terapia narrativa -a diferencia de la gran mayoría de prácticas asociadas a este ámbito- estaría al servicio del desarrollo de *saberes locales*, los cuales han sido históricamente subyugados por estas instituciones en base a la imposición de los *saberes expertos*. Estos saberes expertos (*como los trastornos o estructuras de personalidad, por ejemplo*) son inventados en ciertos contextos (*instituciones científicas*) en los que se auto validan (*investigaciones científicas validadas por la ciencia en instituciones científicas como las academias de ciencias sociales o las universidades, por ejemplo*) a través de aparatos de verificación creados por la misma institucionalidad (*metodologías de investigación científicas inventadas en y por las instituciones científicas*) con el propósito de darle estatus de verdad a los conocimientos que están inventando. Es decir, se inventa una historia y después se hacen estudios que verifican los fundamentos de esta historia usando metodologías también inventadas en base a estas historias. Para hacerlo, se toman como punto de referencia fenómenos de la experiencia subjetiva de las personas, sus sentires, sus acciones, sus pensamientos, etcétera, y se cargan de los significados de estas historias, metarrelatos o ficciones políticas, volviéndolas inteligibles a través de estas verdades inventadas o siguiendo a Preciado: (in)existencias (2022). A este tipo de producción de conocimientos y subjetividades me gusta llamarle *autofágica, incestuosa o narcisa* (esta última en su sentido estrictamente mitológico).

Luego vendría la puesta en práctica, su relación con el mundo, o sea cuando





hacemos terapia o más preciso, cuando estamos conversando con la gente en contextos que llevan el nombre de terapia o similares. Estas comprensiones y prácticas se van impactando y modificando por el mundo al cual responden (en mayor o menor medida dependiendo del estatus de verdad que tenga la metáfora que está a la base de las ideas). A su vez, estas prácticas moldeadas más o menos por el mundo, modifican también al mundo, dándole formas más parecidas y armónicas con las comprensiones que moldean las prácticas, por ejemplo, si una persona vivió un abuso y expresa dolor, este último puede ser construido como la expresión de una naturaleza humana patológica o como una acción con un sentido construido en relación a su historia sociorrelacional (protesta, denuncia, reclamo, alzar la voz...).

Entonces, aquello que se conoce como terapia sería una forma de construir relaciones bajo el supuesto de que lo que hacemos no es inocuo, que cada acción le da una forma particular a la vida y las relaciones y que toda acción, o incluso expresión, es relacional (White, 2000). Entonces, creo que sería importante abordar de manera breve la palabra *terapia* dada su naturaleza política. Cuando hablamos de terapia hablamos de ejercicio de poder, por lo tanto de relaciones de poder (Foucault, 1988). Eso llamado terapia implicaría un contexto particular de relaciones de poder, un lugar ficcional de relaciones que son inventadas y posibilitadas por convenciones sociales institucionalizadas en las que algunos cuerpos son asignados y autorizados para ejercer el rol (según la identidad profesional).

La terapia narrativa sería entonces un ejercicio de poder institucional con el potencial de ser ejercido en cualquier contexto que valide esa institucionalidad. Al hacer terapia narrativa -como en cualquier otra terapia- lo que estaríamos haciendo es participar en contextos de relaciones de poder que producen subjetividades, en la que nuestra participación es ventajosa, pues nuestros saberes acerca de la experiencia humana, tienen mucho potencial de darle forma a la comprensión que las personas involucradas en las conversaciones van a ir asumiendo como propias.

Pero, ¿entonces qué distinguiría a la terapia narrativa de otras formas de terapia? ¿Cómo podríamos llegar a identificar puntos de referencia comunes que pudieran servir de guía o brújula para tomar responsabilidad en este ejercicio de poder en nombre de la terapia y en este caso más específicamente de la terapia narrativa?





Creo que lo que podría servir como criterio de discernimiento podría ser el acto de identificar y nombrar los fundamentos de sus prácticas, o lo que con Carolina nos empeñamos en enseñar como *convicciones responsables*. ¿Identificables dónde y cómo? Esta pregunta tampoco puede responderse con una consigna universal. Pero quizá un lugar podría ser en la subjetividad de quienes participan en las conversaciones. Por ejemplo, si tomamos como referencia la convicción responsable de que *la persona nunca es el problema, el problema es el problema*, el hecho de que una persona luego de participar en conversaciones terapéuticas ya no se identifique completamente con el problema como venía haciéndolo y se abra un espacio para volver su interés en la exploración de su relación con este, reconectándose con su sentido de agencia, ampliando su territorio de vida y visibilizando su participación en ella, entonces quizá podríamos sugerir que estamos ejerciendo un poder en la relación con propósitos y compromisos narrativos. Y entonces se vuelve urgente la pregunta: ¿Quién define cuál es el problema? Alguien en el rol de terapeuta podría definir que el problema es la homosexualidad y externalizarla para que la persona vuelva a su “naturaleza hetero cisgénero” ¿Sería esto terapia narrativa? Para algunas personas seguro que sí, si se entiende que ésta es un conjunto de técnicas al servicio de cualquier proyecto político. Para mí, para Pranas y espero que para cualquiera que lea este texto, es claro que esto *no* es terapia narrativa, pues no estaría rindiendo cuentas a ninguno de los posicionamientos políticos a su base (o convicciones responsables).

Otros podrían afirmar que sí es terapia narrativa, pero puesta al servicio de la cultura dominante, lo que sería un argumento tramposo, pobre y limitado. ¿Sería esto que estoy haciendo aquí una forma de “vigilancia policial”? Yo creo rotundamente que no. Cuando tratamos de definir algo nos involucramos en prácticas relacionales de discernimiento y a veces en políticas identitarias. Ni la terapia narrativa es cualquier cosa que se haga en su nombre, ni existimos quienes somos o podamos auto definirnos como terapeutas narrativos (en tanto identidad totalizada). Creo que lo que hay son personas intentando articular sus prácticas en base a comprensiones que se han construido principalmente en el trabajo de los cofundadores de lo que se ha llegado a llamar como terapia narrativa. En este intento, no sólo estamos practicando la narrativa, también estamos poniendo en acción una serie de subjetividades derivadas de nuestra experiencia política en el mundo (todas las ficciones somatopolíticas vivas -o identidades- que nos habitan). ¿Resultan de esto siempre prácticas de terapia





narrativa? Seguramente no, en una misma conversación podemos tener actitudes, respuestas, comentarios y preguntas que reproduzcan patriarcado, capitalismo o colonialismo, para luego dar un paso atrás y hacer una pregunta de reautoría o iniciar una investigación en torno a la influencia mutua de una relación preferida de vida de la persona. Esto no nos hace menos ni más narrativos, sólo evidencia la complejidad política de nuestra experiencia, imposibilitados de actuar por fuera de la cultura dominante de una forma absoluta. ¿Eso que hicimos es terapia narrativa? Sí a ratos... no a otros. Quizá lo que más importa es el movimiento más general que la persona haya experimentado después de una conversación.

Para volver al ejemplo de la homosexualidad externalizada, creo que esto no es terapia narrativa porque ésta implica una comprensión y un conocimiento rico de los discursos dominantes y un posicionamiento crítico/subversivo frente a ellos. Una práctica narrativa podría ser desde mi/nuestra comprensión, una asociada a la investigación de la experiencia de esta persona en su relación con la homofobia y otras formas de abuso, por ejemplo.

La terapia narrativa sería una terapia cuya forma de interpretar la experiencia subjetiva de las personas estaría fundamentada por la metáfora narrativa, entendida como un entramado de relatos que se asumen como constitutivos de la vida. Además, considerando que no da lo mismo de qué boca sale cada relato pues éstos también tienen *políticas de acceso*, es decir, las relaciones de poder que se ponen en funcionamiento para la visibilización y disponibilidad más amplia de unos relatos (dominantes, hegemónicos) en desmedro y subyugación de otros potenciales (alternativos, preferidos, subyugados, locales). En esta relación desequilibrada del poder, unos relatos de la experiencia subjetiva de la vida, las relaciones y la acción tienen más posibilidades que otros de servir de marco de inteligibilidad. La cultura dominante produce estos relatos desde sus instituciones hegemónicas, en las que podríamos incluir la psiquiatría, la psicología, el trabajo social clínico y otras asociadas a lo que Preciado (2020; 2022) condensa en el concepto de *estética petrosexorracial* (esa experiencia vital y forma de vida moldeada por el capitalismo de las energías fósiles, las políticas sexogenéricas cis heteronormativas y la herencia colonial) y el *poder farmacopornográfico contemporáneo* (aquellas estructuras de poder que configuran nuestra identidad y nuestro deseo y que actuarían a nivel molecular). Los relatos operarían entonces desde esta perspectiva, como marcos de inteligibilidad de la vida y





serían producidos y reproducidos por todas las personas en cada conversación, en cada gesto, en cada práctica, pero virtualmente nunca son creados o inventados por las personas. Por ejemplo, en el trabajo con quienes ejercen abuso entendemos, siguiendo a White, Hall y Jenkins que estas personas no inventaron las identidades binarias que producen la violencia abusiva, ni fueron las creadoras de las prácticas del abuso, sino que las ejercerían como resultado del entrenamiento del patriarcado como sistema político que promueve la ética y la práctica de la violación, el señorío y el “dueñamiento” (Segato, 2020).

Con todo lo anterior, mi intención es producir un relato que dé cuenta de manera muy introductoria que eso que se ha conocido con el nombre de terapia y de terapia narrativa son ficciones políticas. No existen como algo en sí mismo, sino más bien como una construcción continua, relacional, contextual, cambiante, en permanente transición y en un marco de relaciones de poder. Esto último las vuelve prácticas susceptibles de procesos permanentes de rendición de cuentas, de revisión en términos de nunca darlas por sentadas en sus efectos. Y para mí este proceso sólo puede ser congruente siendo hecho de manera colectiva y contextual. Lamentablemente estos procesos a veces se confunden (a conveniencia de algunas organizaciones) con prácticas policiales de “vigilancia” (literal) basadas en políticas de imposición, normalización, castigo, marginación e invisibilización. Para hacerlo, producen un discurso hegemónico de la moral, es decir, a la imposición de una verdad ética universal. Lamentablemente esto que parece una pésima broma, existe. En Chile y en Australia por ejemplo, he conocido instituciones que al alero de una personalidad jurídica y abstracta se autoproclaman (de maneras más o menos explícitas) como las sostenedoras de la moral. Es decir se involucran en prácticas académicamente supremacistas, justificándose, además, con el argumento de provenir de la contrahegemonía, pero al final replicando las políticas hegemónicas de producción e imposición de saber/conocimiento.

Entonces pienso que quizá lo único que podría unificar nuestra comprensión y convocar a conversaciones abiertas, responsables y solidarias de aquello que llamamos comúnmente terapia narrativa, podría ser en primer lugar, sumarnos a la negativa de sus fundadores de reificar o tratar de definir estas prácticas de una forma fija, de rechazar volverlas una identidad y una institución-secta. Quizá para esto puedan ayudar las preguntas: ¿Cómo podemos ir construyendo de manera continua una práctica cuya forma sea dada por las convicciones responsables que





cimentan su propuesta? y ¿Cómo podríamos construir aparatos de verificación éticos (y no morales) de nuestra práctica, a la luz de las convicciones responsables, siendo la voz de las personas al centro de las conversaciones, aquellas que nos enseñen qué estamos haciendo (y qué no) que está siendo útil e importante para ellas? Me refiero a aquellas *convicciones responsables* como que *la persona nunca es el problema; que las personas siempre responden; que la vida y la identidad son siempre un logro colectivo; que las relaciones son siempre de contribución mutua; que hay un ausente pero implícito en todas las expresiones sin importar qué expresión sea; que la experiencia puede ser multihistoriada; que las personas son expertas en sus vidas; que las historias son el marco de inteligibilidad de la experiencia y tienen el estatus de ser constitutivas de la vida...* y otras muchas más.

Tratar de definir qué es la terapia narrativa -o cualquier práctica que sea un ejercicio de poder- es peligroso si lo hacemos desde las lógicas de la cultura dominante, e intentar describir lo que hacemos por fuera de la hegemonía no es una tarea simple, liviana ni carente de una carga importante de responsabilidad. Por eso más que responder a la pregunta “¿qué es la terapia narrativa?”, me interesa aquí poner de manifiesto que lo que hacemos es siempre político, más allá de los nombres que le pongamos.

Segunda parte: Pranas y una breve historia de mi aproximación al mundo de la narrativa

Quería relatarles un pedacito de lo que fue mi experiencia entrando en el mundo de la narrativa, allá por 2007, por sus poderosas implicancias en lo que ha llegado a devenir como Pranas y con nuestro compromiso con la forma de hacer aquello que hacemos.

Ese año una profesora, María Amelia Barrera, de la Universidad en la que Carolina y yo estudiábamos psicología, nos presentó la narrativa dentro del marco de una asignatura de terapia sistémica. María Amelia fue una persona muy importante para mí, me apoyó en mi práctica profesional en momentos muy complicados, por ejemplo, duré un día en mi primera práctica pues denuncié a mi jefa por una serie de acciones que tomó para responder a un abuso sexualizado a una niña de cuatro años, mi denuncia fue la de no callarme frente a estas acciones que consideré con potencial retraumatizador para la niña y culpabilizador para su madre. María Amelia me apoyó mientras yo temía por mi fin de carrera, por el





juicio de las voces profesionalizantes y la confusión de discursos asociados a silenciar estos eventos. Guardo en un lugar muy preciado estos recuerdos, tanto como cuando un año antes llegó a la sala de clases con una bolsa llena de papелitos recortados de diversos textos con diferentes aproximaciones sistémicas. Había que sacar uno al azar y presentar ante el curso lo que entendiéramos de lo leído. Yo metí la mano y como en una tómbola saqué, según yo, el premio mayor; un fragmento del libro *Terapia narrativa para niños: Aproximación a los conflictos familiares a través del juego (Playful approaches to serious problems: Narrative therapy with children and their families)* de Freeman, Epston y Lobovits (2001, 1997), recuerdo ese momento leyendo el siguiente párrafo:

El problema es el problema, la persona no es el problema» es una máxima que se suele repetir en la terapia. La práctica lingüística de la exteriorización (White, 1989/1997, White y Epston, 1990b), que separa a las personas de los problemas, es una forma divertida de motivar a los niños a enfrentarse con las dificultades y reducirlas.

En la familia, el efecto de la culpa y la vergüenza ante algún problema suele ser el silencio y la inmovilidad. Además, cuando las personas piensan en un problema como parte integral de su carácter o de la naturaleza de sus relaciones, les es difícil cambiar, porque parece que el problema es muy «de casa». Cuando se ha dejado de decir que el problema le es inherente, el niño puede establecer una relación con el problema exteriorizado. Esta práctica permite que la persona o un grupo de personas se sitúen en una posición más efectiva y crítica, cara a cara con el problema. (p.29)

Salimos con mi compañero a exponer ante un aglutinado y desconcentrado curso en que cada cual seguía preparando su propia presentación. Considero ésta como mi primera clase de narrativa. Yo estaba emocionado, conmovido. No entendía por qué no estaban todos igual que yo. Pronto nos encontramos con Carolina en esta emoción y fueron esas las primeras reuniones de un Pranas aún sin nombre.

Este texto me resonó, tocó lugares de mi vida que hasta ese momento se expresaban en mucho dolor, indignación y sensación de impotencia e inmovilidad. Tuve una sensación inmediata, -pese a lo breve del texto- de justicia, de dignidad. Durante 2023 conversando con Rafael Dresdner, me percaté que tenía mucha relación con una historia ucrónica que de hecho tuvo un potencial gigante en el

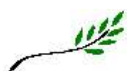




hecho de unirme con Carolina en nuestro proyecto. Esta sensación fue lo que yo llamo una resonancia de una estética de vida subversiva, una que me ha sostenido vivo, moviéndome y con sentido. Vino a abrir puertas de lo que me gusta llamar *activismo íntimo*. Pero en algún otro lado hablaré de todo esto.

Luego de dos años de arduo estudio, lectura, práctica y horas de conversación, en 2009, a través de una comunidad virtual que se nutría de un blog y traducciones de artículos, empezamos a conectarnos con más personas, Ana María Zlachevski, quien fuera también profesora de terapia familiar sistémica en la universidad nos amadrinó y apoyó con un cariño y compromiso que me costaba comprender en los primeros eventos de Pranas, cuando invitamos gente de Australia y otros lados. Marcela Estrada, quién nos contactó por este blog y nos propuso conocernos en persona, empezando una linda colaboración y amistad... Esto fue creciendo, la comunidad, los vínculos, el interés, hasta que en 2010 dimos nuestro primer taller con cinco participantes. Recibimos nuestras primeras críticas que nos hicieron mejorar la forma de compartir los saberes y las prácticas y también los primeros comentarios que ¡nos animaron a continuar!

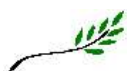
Estábamos aprendiendo, pensando, nos brillaban los ojos con cada nueva idea, con cada nueva práctica, experimentando eso que me gusta llamar *resonancia de la estética vital subversiva*. En 2011 participamos en el Congreso Internacional en Salvador de Bahía en el que presenté por primera vez ante más de cien personas -tembloroso, con taquicardia, pero también con una emoción bonita muy grande-, La Banda de la Vida, una deriva de los talleres "... de la Vida" diseñados por Denborough y Ncube, que fue en 2009 de los primeros talleres presenciales a los que tuvimos oportunidad de asistir. Antes con Shona Russell en 2008, ambos eventos organizados por la Universidad de Valparaíso, donde conocimos también a David Epston y Marcela Polanco en 2010. Luego de mi brevísima presentación en Bahía, donde también propuse una mini protesta a la que nadie se sumó, David Epston se acercó declarándome que le había encantado mi presentación: "Me encantó tu presentación!", yo muy asustado quería preguntar con un inglés paupérrimo "¿¡por qué!?", pero antes de siquiera poder articular la lengua para hablar, un fluido angloparlante lo tomó por la espalda y le empezó a preguntar cosas. Me acuerdo de experimentar esa parálisis de comunicación por falta de lenguaje hegemónico y quedándome con la eterna duda... años después le conté a Eppy esta historia.





En 2011 me fui a estudiar a Adelaida, Australia del Sur. Ahí tuve acceso al archivo de Michael White, en el que me sumergí estudiando sus conversaciones de terapia y clases durante muchas horas. También allá tuve algunas grandes decepciones con “grandes de la narrativa” que no actuaron de formas congruentes con la ética que yo esperaba encontrar, cuestión que me llevó a dar el paso de renunciar al curso intensivo de un año que fui a hacer con mucha ilusión. La renuncia no fue fácil, hubo mucha confusión y pena, pero claramente fue la mejor decisión que pude tomar. Estaría arrepentido hasta hoy si por caer bien o tener acceso a lugares de poder me hubiese quedado traicionando mis cimientos éticos. No me parece digno quedarse en lugares que, a cambio de accesos, silencian la disidencia y la protesta con acciones que involucran formas de ejercer el poder con potencial de daño. Esto va aún más allá de lo que Zimmerman nombró como policía narrativa.

En 2012 estudiamos un curso avanzado con Maggie Carey en lo que antes se llamó Adelaide Narrative Therapy Centre, que por derechos reclamados luego de la muerte de Michael White, tuvieron que cambiar su nombre a Narrative Practices Adelaide, pese al hecho de que el proyecto de White estaba en NPA. Maggie, Shona y muy pronto Rob Hall, fueron algo así como nuestra comunidad de resistencia, junto con Peggy Sax, su ética del cuidado y su forma de ejercicio del poder, que sólo posibilita cosas bonitas, fueron un antídoto a la confusión y un aliento continuo a seguir. Hacemos lo posible por cuidar estas relaciones apreciadas, como con David Epston que nos ha acogido también desde un lugar de congruencia sólida y toma de posición -en mi experiencia- conmovedora. En Chile, Eppy se me acercó una vez, frente a Tom Carlson y Carolina Letelier y me declaró: “Ítalo, sé por lo que pasaste. Sé que lo pasaste mal. Y tienes mi solidaridad.” Imagínense esto... uno de los autores que escribió ese texto que leí muchos años antes estaba confirmando que mi sensación de justicia, dignidad y esperanza, tenía sustento, esta vez era real. Se activaron así una serie de conversaciones muy importantes para mí. Antes, Maggie Carey dedicó horas de escucha en Australia, una *escucha de respeto subversivo* y compromiso político que me cuesta describir. También Peggy Sax, que desde un lugar territorialmente más lejano (pues nuestras comunicaciones eran siempre por correo electrónico), estaba cerca y solidaria. Aquí no estoy nombrando a muchas otras personas que fueron mi comunidad en ese momento y que hicieron posible todo lo que vino después, por supuesto la Caro, con quien hemos aprendido tanto de la vida y del compañerismo; y yo en particular: del cuidado.



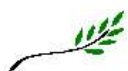


Bueno, vuelvo con la historia... En esta época no había mucha gente que tuviera saberes de la narrativa por fuera de la sistémica en Chile y junto a Carolina no nos representaba ni resonaba para nada este secuestro epistémico o en el mejor de los casos gran confusión teórica que terapeutas familiares sistémicos expresaban al enseñar la “terapia sistémico-narrativa de White y Epston”³. Para ellos era una “técnica más” dentro de otras de la terapia sistémica y la exteriorización era lo que más, si no lo único que conocían. Entonces nos empecinamos en ir a las bases, en conocer la historia y participar de ella, en enseñar lo más cercano a como White y Epston lo estaban describiendo y a la vez traducir lo más que podíamos, no sólo los textos, sobre todo las prácticas, esto es lo que siempre nos ha interesado. ¿Cómo se ven, oyen, huelen las prácticas narrativas cuando las hacemos en nuestras comunidades? ¿Qué palabras, ritmos, cadencias, silencios son los que aquí tienen sentido? Cuando digo “aquí” me refiero a cualquier cultura local. Había algo en lo latinoamericano que más allá del castellano mismo, nos conectaba. Nos emocionaban las imágenes que se prendían al escuchar las versiones de nuestros territorios y poder ir respondiendo colectivamente a las preguntas que mucha gente nos formulaba en torno a lo difícil que se les hacía traducir la narrativa, que “quizá esto sirve sólo en inglés, porque cuando trato de hacer las preguntas de White nadie me entiende, son muy largas, enredadas, tienen un lenguaje muy sofisticado, etc”.

Este ha sido un viaje poderoso y desbordado de vínculos bonitos, algunos fugaces, otros duraderos, pero sin los cuales es muy probable que las prácticas narrativas no hubiesen tenido el desarrollo que tienen hoy en América Latina. Se me hace importante nombrarlo, porque cuando han publicado libros de la historia de la narrativa incluyendo a Latinoamérica, nos han marginado a todas las organizaciones que hemos tenido algún disenso o conflicto con los autores de dichos textos.

En desventajas y ventajas hemos desarrollado nuestro propio modo de ir haciendo las cosas, de forma autogestionada y con colaboraciones solidarias de personas que nos han nutrido y colaborado, incluidos aquí Marcela Polanco, Vikki Reynolds, América Bracho, Tom Carlson, entre otros que ya he nombrado. Además de colaboraciones con el Colectivo de México (aunque sólo hasta 2015),

³ Quisiera aclarar que aquí no me estoy refiriendo al trabajo de Ana María Zlachevski, quien siempre de manera creativa y autónoma ha buscado y creado formas de trabajo terapéutico respetuoso y con quien hemos tenido muchas lindas conversaciones en relación a este (y otros) temas.





Casa Tonalá (hasta hoy), Les Vies de Girona España, La Otra Historia de Tucumán y Resonancias Prácticas Narrativas de Buenos Aires... y ahora último con Rafael Dresdner y su interesante aporte desde la “ucronía”. Estoy nombrando aquí sólo algunas organizaciones, quizá con las que hemos trabajado más de cerca.

Tercera parte: Encontrándonos, estructurando seguridad y traduciendo

Esta parte del artículo es ineludible si estamos respondiendo a nuestras resonancias del artículo de Jeff, pues tenemos un evidente rol en la formación en terapia narrativa de un gran número de personas, muchos de los cuales ahora también enseñan. En Pranas, hemos dedicado años a mirar de forma crítica lo que hacemos, intentando desafiar la “ortodoxia” y por lo tanto la “vigilancia policial” y todo lo que eso conlleva. Pero al mismo tiempo, tratando de ser responsables con lo que compartimos. Esta responsabilidad no está al servicio de un modelo terapéutico o escuela en particular, sino más bien a responder a la conciencia política más amplia de lo que hacemos.

Estructuraré este último apartado en cuatro partes: La primera, aquello que estuvo en los cimientos de Pranas y sigue estando al centro: crear comunidad. La segunda, consiste en una reflexión de ¿cómo es que nos encontramos en estos intereses comunes? Y lo que he dado por llamar una *resonancia de la estética vital subversiva*; la tercera gira en torno a algunas consideraciones de seguridad, ¿cómo podemos construir de manera colectiva un contexto que garantice suficiente seguridad para todos? Y ¿Cómo respondemos al hecho de que Carolina y yo estamos en una posición de ventaja en relación a los estudiantes?; y por último, algunos comentarios en relación a lo que entendemos por la *traducción de las ideas al contexto local*: ¿cómo podríamos estructurar la enseñanza de la terapia narrativa para que -en lugar de volverse ortodoxia- se vuelva un territorio de posibilidades situadas, sensible a las políticas locales?

Contribuyendo con la construcción de una comunidad narrativa

Pranas surge en gran medida por la necesidad de conversar con otras personas involucradas en el trabajo crítico, aquel que se inventa y construye por fuera del mundo “psi” y de la producción académica del saber.

En este marco, junto a Carolina siempre hemos intentado nutrir relaciones de colaboración desafiando las relaciones de competencia, cuestión que está lejos de





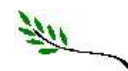
ser un proyecto higiénico. Es más bien caótico, desafiante e imperfecto pues vivimos en una cultura dominante moldeada en gran medida por el capitalismo neoliberal que promueve la *competencia descalificadora* como medio para obtener valor social. Esto, por supuesto lleva muchas veces a la deshonra de historias y relaciones de colaboración en pro de la búsqueda de plataformas de poder hegemónico.

Sin embargo, creemos que la única forma posible para hacer crecer el territorio de las prácticas contrahegemónicas en el trabajo con personas es juntándonos y potenciando nuestras iniciativas.

Puedo afirmar que las relaciones más lindas que tengo en la vida, el trabajo y los compromisos políticos han surgido de este espíritu de colaboración y potenciación recíproca... Es un trabajo continuo, lleno de fracasos y de sorpresas bonitas, por eso vale la pena insistir y porque creemos que no hacerlo sería reproducir más de aquello que justamente produce gran parte de los problemas que queremos desafiar.

Nos encontramos: La resonancia de la estética vital subversiva

Las personas se involucran en procesos de aprendizaje por múltiples motivos entre los cuales habitualmente se pueden encontrar: el desarrollar nuevas habilidades y saberes que puedan ampliar sus posibilidades de acción en el trabajo; mejorar su competitividad en procesos de postulación a cargos específicos o tener mayores beneficios en su trabajo actual; conocer nuevas orientaciones para el trabajo; entre muchos otros. Pero hemos aprendido que quienes se entusiasman con estas ideas y prácticas narrativas, como nosotros, en muchas ocasiones no lo hacen sólo por una mera cuestión profesional y laboral, sino porque encuentran en la narrativa una *resonancia* con lo que, tomando el concepto de estética de Preciado (2022), me gusta llamar *estética vital subversiva*, esa sensación asociada a algo que seguramente les sonará familiar: “cuando leí terapia narrativa por primera vez, sentí que era lo mismo que yo hacía, pero organizado y puesto en palabras” o “es que así como me lo estás explicando, ¡siento que llevo haciendo terapia narrativa desde siempre!”. Sabemos que esto no es literal y que las prácticas narrativas son mucho más que sólo una inspiración o una sensación, pues han involucrado una sofisticada labor en su desarrollo, principalmente por quienes originaron todo, David Epston y Michael White, pero también sabemos que esta sensación o resonancia de la





estética vital es muy poderosa, pues al parecer se vincula con experiencias como el reconocimiento y la pertenencia desde algún lugar de desventaja: esa sensación de “haber por fin encontrado un lugar donde sentirse parte, donde no me dicen que estoy loco, que soy hipersensible o que exagero en mis compromisos sociales”... es un sentido de pertenencia que algunas veces puede tener relación con habitar lo prohibido, lo contrahegemónico, lo subyugado, lo subversivo, lo digno.

Al ocupar estas plataformas de legitimidad en nuestras enseñanzas -como los diversos salones de clases, por ejemplo-, siempre nos ha parecido de la mayor relevancia poder generar contextos en los cuales esta resonancia de la estética vital subversiva, de reconocimiento y pertenencia de quienes confían en nuestro trabajo: sea honrada, enriquecida y colectivizada. Este ha sido un trabajo continuo, imperfecto y precioso. Entonces cabe la pregunta ¿cómo hacemos para honrar la resonancia de la estética vital subversiva?... Justo eso que yo no experimenté en el Diplomado Internacional en Australia.

Además de, por supuesto, contribuir en el desarrollo de saberes y habilidades para el trabajo, honrar está sensación de resonancia implica mucho más que sólo compartir “contenido”. Para responder a esto, quiero comenzar por el principio, compartiendo ideas básicas, sin embargo muchas veces dadas por sentado, de lo que sería un contexto de enseñanza para nosotres.

Y... ¿qué sería enseñar?

“Nadie educa a nadie, los hombres (sic)

se educan entre sí con la mediación del

mundo”

Paulo Freire

Parece ser que lo que uno hace es aprender para luego compartir con otros lo aprendido, que nunca será exactamente lo que uno aprendió, tampoco quien aprende accede de manera objetiva a lo que uno intentó compartir. Enseñar entonces involucra una responsabilidad política, pues implica -o se construye en contextos de- una relación de poder en la que se están poniendo en marcha procesos de producción de subjetividad.





No basta con tener un conocimiento más o menos amplio, además de suficiente experiencia de lo que se quiere enseñar, también es necesario hacer visible que lo que compartimos no lo hacemos en tanto verdad, sino desde nuestro posicionamiento e implica un proceso de elección respecto de ese saber; a su vez, tenemos la responsabilidad de aprender formas de compartir que abran posibilidades de andamiaje, que hagan de aquello que estamos compartiendo algo accesible y “digerible”. Esto último lo traigo del concepto de “metabolizar al personaje”, que el actor y director teatral chileno, Alfredo Castro, comparte para enseñar su método de actuación. Para mí el aprendizaje sería como metabolizar: hacer propio... y eso requiere tiempo y un acompañamiento colaborativo que responda a los lugares desde los cuales cada persona comienza su propio proceso, en la complejidad de la vida de una persona, que incluye lo material y lo político de su experiencia.

Estructurando un espacio suficientemente seguro

Una vez que nos hemos encontrado, toca tomarlo en serio. Traduciendo algunas ideas y prácticas que hemos aprendido con Vikki Reynolds, cada inicio de curso, enviamos un correo electrónico con asunto “Espacio suficientemente seguro” con la intención de estructurar un contexto colectivo de rendición de cuentas de forma concreta frente a cualquier expresión que hayamos podido hacer, aunque hubiera sido inadvertida, que haya transgredido algún territorio preferido de los participantes. Cuando son cursos largos, destinamos varias horas a conversar del cuidado y la seguridad y lo incluimos en el correo (ver anexo)⁴; cuando los cursos son muy breves, compartimos lo que hemos aprendido en otros grupos e invitamos a las personas a sumarse a estas consideraciones.

Gracias a este espacio, hemos tenido conversaciones desafiantes y preciosas, abrazando la idea de que este es un trabajo imperfecto (Reynolds, 2019) y que siempre podemos invitarnos a lugares éticos a rendir cuentas por los efectos de nuestro ejercicio de poder.

Entendemos que estos contextos son de relaciones de poder y que tenemos una posición de ventaja en relación a quienes fungen de estudiantes, pero como afirmaba White, el poder no es algo malo per sé, puede ser también posibilitador,

⁴ Decidimos compartir una copia de uno de los correos que hemos enviado a modo de insumo, por si quieren sacar ideas de ahí. También sería lindo recibir retroalimentaciones que enriquezcan el documento.





no solamente abusivo y así lo entendemos nosotros.

Esta invitación involucra a todas las personas que participan en el grupo y las conversaciones, haciendo visible lo más que podamos los diversos lugares de ventaja y desventaja presentes en las experiencias relacionales y; asume que procurar contextos donde sentirse a salvo trasciende la sala de clases y es un proyecto colectivo.

Contextos de enseñanza y prácticas de “nivelación de la cancha”

Diseñar y desarrollar un curso, cualquiera que sea, es para nosotros darle forma a un contexto en el que se llevarán a cabo una serie de conversaciones, directas o indirectas que implicarán una selección, organización y una forma de compartir ciertos saberes con la esperanza de que facilite el proceso de aprendizaje de quien toma un curso. Lo que resulte de esto no depende sólo de quien diseña este contexto, sino también de por lo menos tres variables que hemos podido identificar: 1) el nivel de interés, por lo tanto de involucramiento que la persona tenga con la propuesta del curso en términos de contenidos; 2) el sentido que le haga el diseño particular propuesto y la forma de ofrecerlo y; 3) sus posibilidades reales (materiales y políticas) de involucramiento.

Estas son dimensiones relevantes que incidirán en la experiencia de cada estudiante. A continuación me centraré en la tercera. No es sólo la esperanza que la persona tenga en relación con la complejidad que quiera abarcar, sino también sus circunstancias más amplias que posibilitan (o no) la concreción de esa esperanza. Por ejemplo, para quienes ejercen tareas de cuidado, este involucramiento probablemente sea menor, pese a que el esfuerzo muy posiblemente sea mayor del de quienes puedan dedicar mucho tiempo al curso y al descanso. Estas personas son, en una abrumadora mayoría, mujeres. Intentamos responder a estas desventajas estructurando plataformas de equidad, pero aunque esto nunca logra garantizar el acceso equitativo, sí logra emparejar un poco el desnivel del terreno de la ventaja/desventaja. Creemos que la responsabilidad de quien enseña es responder a las desventajas para intentar que éstas ejerzan el menor impacto posible. No tenemos un protocolo, pero sí una ética de la que se desprenden prácticas de nivelación de la cancha, aunque nunca se pueda nivelar del todo, pues depende también de factores que escapan a nuestra influencia. Por ejemplo, en ocasiones que las clases pudieron quedar grabadas, hemos dado mayor acceso a quienes producto de sus labores de





cuidado han tenido que ausentarse o han estado presentes de manera más intermitente o desconcentrada... Uno organiza un contexto con el propósito de facilitar el aprendizaje (en base a las políticas de acceso, diseño y andamiaje). Sin embargo, quien enseña no puede garantizar que las personas aprendan lo que estaba en su esperanza aprender, sino que sólo ofrecer contextos que faciliten el acceso lo más posible.

La congruencia más allá de los contenidos duros

Cuando compartimos nuestra experiencia narrativa con los estudiantes, basamos nuestro quehacer en lo que Carolina Letelier ha expresado como “no es sólo lo que hacemos, sino que cómo hacemos lo que hacemos”, aludiendo a la congruencia de la práctica, esto sería plantearse la pregunta de ¿cómo podemos enseñar formas no marginalizadoras del ejercicio de poder promoviendo contextos para que se den conversaciones respetuosas con, por ejemplo, las diversas identidades de género, las personas racializadas, incluyendo inmigrantes marginados de la economía y otras instituciones, disidentes del sistema cis heteronormado, personas identificadas como “clase baja” y otras identidades o experiencias subjetivas minorizadas? Y también en cuestiones más cotidianas, pero igualmente políticas como cuidar que en el café de descanso haya opciones para toda la gente (veganos, intolerantes a la lactosa o al gluten, etc.), facilitar las cosas para quienes están al cuidado de otros, tener disposición para conversar, reírnos, escucharnos o, por más entusiasmo que tengamos en continuar las conversaciones, cuidar el tiempo de las personas encargadas del aseo o la puerta del recinto, respetando sus horarios e intentando colaborar lo más posible y de formas colectivas.

En el mismo espíritu de congruencia estaría el tema de la estructuración de contextos que dejen fuera lo más posible la “evaluación normativa de contenido duro”. Aunque esto es una conversación continua, nuestra opción ha sido desde siempre, que todos los contextos que generemos sean de aprendizaje y ojalá colectivo. Para esto los procesos hegemónicos de evaluación académica no se nos han hecho necesarios ni requeridos. Nos parecen más interesantes las noticias de diferencia: ¿qué estoy logrando hacer ahora que antes del curso no habría podido hacer y que es armónico y está en sintonía con la resonancia de la estética vital subversiva que me movió a tomar este curso? En particular soy muy crítico de los procesos de evaluación, pues en mi experiencia fueron virtualmente siempre,





instancias en las que no generé aprendizaje, sino miedo, ansiedad y angustia. Creo que en muchos contextos aquello que se intenta cuidar con la evaluación es el diseño y contenido de un curso en particular, más que el aprendizaje real de las personas. Además, creo que estos procesos pueden llegar a tener un efecto potencial en construir ortodoxia en base a la vigilancia policial: no dejar espacio para la transformación del saber, esto es, tiene buena calificación quien diga lo que el profesor quiere escuchar (o lo que logra entender de lo que escucha). En muchas ocasiones esto se traduce en escenas de humillación, ridiculización y descalificación. No alcanzo a contar la cantidad de colegas que han llegado a terapia o supervisión conmigo producto del abuso de poder en cursos de pre y postgrado, no sólo en Chile.

Con todo esto no estoy afirmando que no existan instancias asociadas a la evaluación generativas, descentradas, posibilitadoras y enriquecedoras. No estoy “cancelando” todos los tipos de procesos de evaluación, de hecho estoy consciente de que existen unos éticos y colaborativos. Creo que generar aparatos de verificación que certifiquen cierto nivel de aprendizaje es muy necesario, pues nuestra práctica impactará en la vida de la gente que nos solicita ayuda, pero tengo la certeza de que no tienen por qué ser universalistas, castigadores ni humillantes.

Otro aspecto que me gustaría mencionar brevemente aquí en relación con la congruencia -y que en este caso implica desobedecer mandatos disciplinarios-, es el hecho de convocar a nuestros cursos a “personas que trabajen con personas en contextos asociados a la salud mental y/o el trabajo comunitario”; nunca hemos usado como criterio de discriminación la profesión u oficio de quien se interesa por lo que enseñamos. Pese a tener el título profesional de “psicólogos”, nunca nos hemos sumado a luchas disciplinarias de poder y apoyamos a quienes denuncian sus efectos. Esto ha enriquecido tremendamente las conversaciones de los cursos, con personas vinculadas al arte, la educación, la comunicación, la literatura y el activismo social.

La congruencia también tiene relación para nosotres en intentar no ser meros reproductores de un modelo ni promover su tecnificación mecánica. Nos esforzamos por poner mucha atención sobre las *convicciones responsables* y sus implicancias prácticas de modo que las personas encuentren sus propias formas de construirlas o representarlas en su quehacer. Entendemos el aprendizaje de la





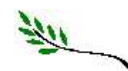
terapia como un proceso de continuo “fracaso de la copia”, esto sería: en el intento por copiar nuestra práctica o la de Epston o White, la gente fracasará y en ese fracaso aparecerán grietas de originalidad, de novedad situada que pueden ser reautorizadas para inventar formas únicas del hacer. Una parte de esta idea se la escuché a Michael en algunas de sus clases a las que tuve un breve acceso desde el archivo que guardan en el Centro Dulwich. Creo que muchos de estos videos deberían ser accesibles para toda la comunidad narrativa. Me parece que es un patrimonio que no debiera ser privatizado... perdón, me fui del tema, aquí una cita de White vinculada con esto:

“El entrenamiento en terapia narrativa no es que todo se vale, ¡para nada! Se trata de desarrollar habilidades prácticas (...) y lo que les invitamos a hacer [a los estudiantes] es abrir un espacio para comprometerse con estas ideas, explorar estas prácticas y encontrar formas de reproducir algunas de estas ideas y prácticas en su propio trabajo, esa es la primera comprensión (...). La segunda comprensión, es que al reproducir estas ideas y prácticas habrá expresiones muy únicas que no se nos ocurrieron a nosotros, y esto proporciona un punto de entrada a conversaciones de reautoría muy enriquecedoras.”

En conclusión, una parte importante en nuestro trabajo de enseñanza se basa en las preguntas: ¿Cómo podemos enseñar una versión no ortodoxa de la terapia narrativa, pero responsable y que rinda cuentas? ¿Cómo podemos generar un contexto de conversaciones críticas que desafíen el adoctrinamiento? ¿Cómo podemos hacer esto siendo congruentes con nuestras convicciones responsables?

Abrir espacio para la disidencia de las ideas y la discusión

Puede sonar evidente, pero considero importante compartir aquí la invitación que siempre hacemos en los cursos: el derecho a disentir para promover el espacio seguro y desafiar la ortodoxia, la hegemonía y su vigilancia policial. Sobre todo en un contexto en el que muchas veces parecemos estar todos de acuerdo y conmovidos por lo que estamos compartiendo, si no dejamos espacio para disentir, no estamos abriendo posibilidades de aprendizaje en la diferencia. Ahora bien, cabe aquí preguntarse qué consideramos disentir y cómo lo diferenciamos del ataque. *Disentir* lo entendemos como la expresión del desacuerdo en voz alta en torno a ideas y prácticas que cuestionen los discursos dominantes de odio. Por otro lado, entenderíamos ataque como cualquier defensa de ideas que sustenten





los discursos de odio. Ahora bien, entendemos que los ataques pueden ser muchas veces acciones inadvertidas y no comulgamos con la cultura de la cancelación. Para esto se nos vuelve de suma utilidad y relevancia la idea de *invitaciones irresistibles a la responsabilidad* desde el entendido de que estos son *viajes en paralelo* (Hall, 2018 (comunicación personal); Jenkins, 2009). Esto nos ayuda a desafiar el binario de buenos/malos, éticos/antiéticos y abrazar la convicción de que estamos participando en un grupo de personas tratando de pensar y hacer cosas para que la dignidad de la vida de otras personas y la propia sea respetada. En este sentido, asumimos que los discursos dominantes nos traspasan y que necesitamos responder sin volvernos policías de la moral y de la ética. Esto es delicado y desafiante cuando en una misma sala alguien expresa algún comentario que pueda ser avasallador para algún otro colega/compañero/estudiante, pero nuestra experiencia general ha sido enriquecedora, quizá en algún otro texto contemos historias acerca de esto. Mientras, pueden leer la obra de Vikki Reynolds, que es probablemente quien más nos ha acompañado en estas rutas solidarias.

Traducción

Podríamos pensar que Pranas es de hecho un proyecto de traducción. Aquí me gustaría compartir una sola dimensión de esto que involucra a los procesos de enseñanza. Entendemos la traducción como un acto interpretativo. Este texto que estás leyendo está escrito en castellano chileno, pero será publicado también en inglés. Al leer la versión en inglés, aparecerán nuevas dimensiones de lo que he intentado compartir aquí (y algunas en castellano desaparecerán). Lo mismo pasa cuando uno enseña. Nosotres compartimos una traducción, nuestra interpretación de lo que hemos ido construyendo como terapia narrativa, luego las personas que participan en nuestras clases se involucran en procesos propios de interpretación, basados en los saberes previos más cercanos y que a juicio propio serían más atinentes con lo nuevo que están escuchando. Es decir, escuchan lo que compartimos metiéndolo en los marcos de inteligibilidad más accesibles para ellos. Esto es un proceso de traducción. Mientras más distinciones hagamos en las múltiples repeticiones que intencionemos en nuestras clases, más posibilidades hay de encontrarnos en un territorio común, aunque nunca sea el mismo.

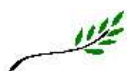
En este proceso nos hemos encontrado con una serie de desafíos a través del





tiempo vinculados, por ejemplo, a negarnos a usar anglicismos (práctica habitual de hispanoparlantes, a veces por pereza traductora, otras -probablemente las más-, por clasismo). Las palabras tienen significado y se vuelven conceptos cuando tienen una historia, cuando están cargadas de imágenes de lo conocido, cuando evocan experiencias locales. Los anglicismos no tienen nada de eso. Nosotres creemos que asumir palabras vacías es asumir la colonialidad y el imperialismo; es avasallar con nosotres mismos, renunciar a nuestras propias historias y sus infinitas imágenes. Ejemplos hay muchos, como *mitin* (reunión), *cofi breic* (descanso), cursos *onlain* (en línea) o *feic nius* (noticias falsas). La alabanza por las imágenes gringas es de una tristeza profunda. Además de la cada vez más asediante arremetida de los grados académicos como validación del trabajo sumado a la insistencia por llamarlos “PhD” en lugar de “doctorados” o “MSW” en lugar de “maestría en trabajo social” y un largo etcétera. Sospecho que esto se hace para lograr algo de categoría social clasista. En otras palabras, de las formas que parezcan más lejanas a la cultura popular, de formas que puedan distanciarme lo más posible de lo ordinario.

En el compromiso por la traducción -que en todo caso sabemos que no se reduce a usar palabras en castellano-, un ejemplo paradigmático para nosotres ha sido poder traducir el concepto de *accountability*. En muchos contextos latinos de hecho se habla de *acontabiliti*, pero para nosotres esta opción carece de sentido. Este concepto en inglés además puede usarse como verbo y como adjetivo, que es de hecho como más lo hemos leído: *to be accountable*. Esto nos ha puesto un desafío tremendo, primero porque no se utiliza como adjetivo en castellano y cuando se ha intentado traducir, se ha hecho con *responsabilidad* (responsibility), que claramente no es lo mismo, pero se puede adjetivar. Hay un texto de White que fue traducido así de hecho. Con el tiempo, hemos ido de a poco proponiendo la traducción difícil de *rendición de cuentas*, *persona que rinde cuentas* y *contextos de rendición de cuentas*. Con sorpresa, hemos notado que muchas de las personas que hemos formado en temas relacionados con la rendición de cuentas, lo están nombrando de ese modo y estamos construyendo colectivamente un concepto con palabras más cercanas a nuestras formas de imaginar la vida. Este tema daría para un artículo en sí mismo, pero aún quedan algunos puntos que quiero compartir con ustedes.





Los mapas no son protocolos, son invitaciones a la exploración

Con Carolina llamamos a los Mapas de la práctica narrativa de White: *contra metodologías de investigación del saber local*. Lejos de ser protocolos, recetas o técnicas, los mapas los entendemos como el esfuerzo que hizo Michael por hacer accesibles algunas rutas de exploración o investigación con las personas con el propósito de enriquecer relatos de los saberes locales y con la esperanza de abrir espacios para el desarrollo de diversos tipos de conversaciones de reautoría. Los mapas tienen múltiples puntos de partida, y cada uno tiene la intención y el potencial de *interferir* en algún tipo de actividad social que pueda estar, por un lado, promoviendo comprensiones pobres y muchas veces descalificadoras de la experiencia de la gente y, por otra, obstaculizando las posibilidades de multi historiar la vida con relatos preferidos.

Varios de estos puntos de partida, desde nuestra mirada, *interfieren e interrumpen* el curso de procesos sociales asociados a políticas de totalización de la identidad de las personas y su colapso con el o los problemas de sus vidas. Aquí por ejemplo, las conversaciones de exteriorización cumplen un rol fundamental: cuando las personas identifican al problema como ellas mismas y colapsan su sentido de identidad individual y/o colectiva con la identidad del problema. Pero también, otros mapas interfieren e interrumpen procesos asociados a: cuando las personas desestiman acciones o iniciativas asociadas a un territorio preferido de vida por no tener un marco de inteligibilidad que las vuelva significativas, privilegiando aquellas acciones que calzan con una conducta o un discurso dominante problemático que tienen más accesible para inteligir su experiencia; cuando las personas se representan como pasivas frente a experiencias de abuso, quedando fuera de lugar cualquier relato cuya forma esté dada por cómo respondió, cómo fue posible responder así y al servicio de qué estaban esas respuestas, etc.

Cada mapa está sustentado en una ética que asumimos como *convicción responsable*. Esto excede a las categorías de indagación que sirven como andamiaje de los mapas. Por ejemplo, cuando conversamos con las personas, no siempre hacemos conversaciones de externalización en base al *mapa de declaración de posición 1*, pero siempre nuestras conversaciones se paran en la ética externalizadora o la convicción responsable de que las personas nunca son el problema.





De este modo entendemos los mapas como recorridos posibles para llegar al enriquecimiento de relatos preferidos, no importando desde dónde comencemos.

Cuando afirmamos que son contra metodologías, lo hacemos en serio, creemos con fuerza que el andamiaje de los mapas diseñados por White podrían de hecho ser utilizados como metodología para la investigación social que pretenda contribuir con la producción de saberes locales, en maestrías, doctorados y postdoctorados. Creo que ésta es la conclusión más contundente que saqué de mi breve paso por la academia de los doctorados.

Sabemos que estos mapas son una preocupación de muchos colegas, incluido David Epston, pues en Estados Unidos los están protocolizando. Pero, ¿qué iniciativa social no corre el riesgo de ser protocolarizada en el imperio de las protocolarizaciones al servicio del neoliberalismo y el control social? Seguramente no podemos detener esos procesos de simplificación neoliberal, pero sí podemos desobedecer a sus requerimientos para nuestra práctica, involucrándonos en la complejidad y rechazando lo que Epston ha llamado la McDonalización de la terapia narrativa.

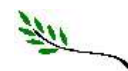
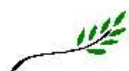
Generar contextos de práctica

Parte de los procesos de traducción, quizá de las más importantes, es la de transparentar el trabajo y mostrar cómo se está viendo. Para esto intentamos siempre generar dos tipos de contextos de práctica.

El primero es mostrar. Tanto Epston como White siempre han rendido cuentas de las ideas que enseñan transparentando la práctica, con sesiones en vivo o videos de conversaciones. Nosotres legamos esta tradición y nos hemos percatado que a las personas les sirve mucho para su aprendizaje y a nosotres para exponer la complejidad del quehacer terapéutico.

La segunda, es la invitación a la práctica para quienes están aprendiendo con nosotres. Promovemos el desarrollo de habilidades por la vía de ejercicios de conversaciones entre ellos. Pero también, promovemos la participación en la construcción de contra documentos y resonancias desde el comienzo del curso, antes incluso de enseñar estos temas...

Es momento de terminar este largo artículo. Si llegaste hasta aquí ¡Gracias! Espero haya despertado curiosidades, resonancias y disidencias.





Nota importante al final de este escrito

Todo esto que escribo en este artículo, especialmente la última parte, me/nos vuelve más peligrosos. Mientras más hablamos de consentimiento, confianza, respeto y seguridad, más cuidado tenemos que tener, pues en contextos como estos es en los que más ocurre el abuso, pues tienen el potencial de confundir a las personas, de hacerlas pensar que están equivocadas o que se imaginaron eso que les hizo sentir mal: “¿cómo Ítalo, que habla todo el día de estas cosas va a haber dicho esto que me hizo sentir mal, humillada, transgredido, descalificado?”. Esto es fundamental en nuestros cursos, en la terapia, en las supervisiones y toda práctica que hacemos parados en plataformas de poder.

Agradecimientos

Queremos agradecer a Jeff Zimmerman por animar una conversación insoslayable y hacerlo de manera amable y a la vez crítica. También a Rafael Dresdner por sus comentarios que hicieron de este texto uno mucho más cercano a lo que intentaba llegar a ser y por el cariño, el respeto y la visión crítica con que lo expresa.

Referencias

- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, 50 (3), 3-20.
- Freeman, J., Epston, D., & Lobovits, D. (2001). *Terapia narrativa para niños: Aproximación a los conflictos familiares a través del juego*. Paidós.
- Jenkins, A. (2009). *Becoming ethical: A parallel, political journey with men who have abused*. Russell House Publishing.
- Latorre-Gentoso, Í. (2024). *Dignidad por partes. Reflexiones en torno a la ética del cuidado*. Ril Editores y Pranas Chile Ediciones.
- Preciado, P. (2020). *Testo yonqui: Sexo, drogas y biopolítica*. Anagrama.
- Preciado, P. (2022). *Dysphoria mundi*. Anagrama.
- Reynolds, V. (2019). *Justice-doing at the intersections of power: Community work, therapy and supervision*. Dulwich Centre Publications.





Segato, R. (2020). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. LOM/Prometeo.

White, M. (2000). Re-engaging with history: The absent but implicit. En M. White, *Reflections on narrative practice: Essays and interviews* (pp. 35-58). Dulwich Centre Publications.

Anexo

Hola queridxs,

Este correo es muy importante para nosotrxs porque expresa las políticas de Pranas (en construcción siempre).

En los contextos de formación colectiva, nos interesa cuidar el espacio de las relaciones durante el transcurso de los encuentros. Este cuidado lo asumimos como parte de nuestra responsabilidad, pero también lo entendemos siempre como un proyecto colectivo: "cuidarnos y cuidar el espacio entre todes".

Esto incluye cualquier acción o expresión que tenga efectos de incomodidad, o transgresión de algún tipo, de quienes estén a cargo del espacio (Ítalo y Caro en este caso), o de cualquier persona que esté participando.

Aunque entendemos que estas acciones pueden ser inadvertidas y sin mala intención, nos interesa responder a sus efectos reales de formas que habiliten la convivencia amable, respetuosa y cuidadosa para todxs.

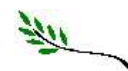
Aquí, lo que compartieron ayer respecto de consideraciones de cuidado:

- El respeto, aplicado en los pronombres, a la calidad de la presencia, disponerse.
- La disposición a poder hablar lo que se tenga que hablar, esto puede abrir nuevos diálogos y rutas de diversas formas de ser y estar.
- Levantar la mano para tener un orden en la participación
- Cuidar la confidencialidad.





- No centralizar la palabra.
- Que las intervenciones sean enfocadas en los temas que estamos hablando.
- Que la palabra pueda circular y cuidar los tiempos, que habilite entrar en diálogo.
- Quizá al final o al inicio de los encuentros para preguntas, resonancias, incomodidades, lo que fuere.
- Poder cerrar a tiempo los encuentros.
- Poder atender a las necesidades comer, etc...
- Poder pensar un poco cuando algo nos haga un poco de ruido, estar disponibles a escuchar y estar curiosas, no respondiendo inmediatamente. Curiosear un poco más.
- La posibilidad de compartir nuestras acciones y transmitir nuestro sentir y nuestras ideas, que sean respetadas nuestras opiniones desde el diálogo crítico y no pasivo.
- No generalizar, dando por obvio, poder visualizar diferencias, matices.
- Importante un vocabulario lo más neutral posible por les compañeros extranjeros, poder interrumpir con libertad.
- La confidencialidad como algo fundamental.
- Cuidar las risas, el sentido del humor, cuidar las fragilidades en estos temas tan delicados.
- Avisar antes de presentar algún tema o relato que involucre cosas sensibles para tener la libertad de decidir lo que cada uno quiere o no escuchar.
- Poder hablar con el corazón afinado en los DDHH, pensando en que es un acuerdo mínimo de cuidado.
- Cuidar nuestras expresiones acordándonos que tenemos una cámara adelante.





- Si algo queda rebotando, molestia, dolor, considerar diferentes formatos para canalizarlo.
- Que toda la gente se sienta con la posibilidad de expresarse y ser escuchada y respetada.
- Que haya lugar para la contradicción y la disidencia.

En caso de que alguien estuviera en una situación de sentirse transgredida de alguna manera por nosotrxs (Caro o Ítalo) o cualquier otre participante del curso, los medios que tenemos serían poner a disposición el correo de Caro carolinaletelier@pranaschile.org o su wsp +56990885362, o Ítalo (italolatorre@pranaschile.org) o su WhatsApp +56984043923; o el correo de Pranas (este mismo que solo vemos Carolina e Ítalo).

Compartimos el video de Vikki que puede contribuir mucho a este propósito:
<https://vimeo.com/310492336?share=copy>

Nos vemos y ¡seguimos conversando!

Cariños,

Ítalo Latorre-Gentoso y Carolina Letelier Astorga

